Amanda Romare

Diario de una chica experta en desastres de amor



temas de hoy

AMANDA ROMARE
DIARIO DE UNA CHICA EXPERTA EN DESASTRES DE AMOR

Traducción de Begoña Martín Lara

temas de hoy

© Amanda Romare, 2021
Publicado de acuerdo con Sebes & Bisseling Literary Agency

© por la traducción, Begoña Martín Lara
Corrección de estilo a cargo de Harrys Salswach

© Editorial Planeta, S. A., 2025
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2025
ISBN: 979-13-87869-29-8
Depósito legal: B. 16.421-2025
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



16 de noviembre. El Consultor

Aquí estoy, cagando. En el piso que pude permitirme comprar en Malmö hace cinco años, el típico estudio de una habitación y media en cuarenta y cuatro metros cuadrados, al lado del colegio de Sorgenfri en el que estudió Zlatan. Por lo visto odió aquella época. Era tan problemático que incluso lo mandaron con un profesor de atención especial, lo cual hizo que se sintiera como un completo inútil sin cerebro. A menudo pienso en esto cuando paso por delante y me invade una extraña simpatía por Zlatan, y a la vez cierto enfado por el hecho de que no le gustara la zona. Por algún motivo, eso me molesta.

Mi piso está en Eslövsgatan, y hay dos formas de llegar desde el trabajo: por Spånehusvägen, que es más rápido, o por Sorgenfrivägen, que es más bonito. Sorgenfrivägen es un largo camino de asfalto al lado del cementerio, iluminado

por unas lamparillas de colores que dan la sensación de que toda la calzada está cubierta por una gigantesca guirnalda de luces. Me alegré mucho cuando pusieron esas lamparillas hace unos años, orgullosa de que el ayuntamiento escogiera justo mi calle para semejante apuesta cultural. Sin embargo, resultó que no era ninguna apuesta cultural, sino un intento de disuadir la prostitución. Pero esta tarde no estoy ahí ni en Spånehusvägen: estoy, como ya he dicho, sentada en el váter, tan de bajón que me quiero morir.

Me han vuelto a dejar. *Yes*. Esto no significa para mí lo mismo que para el resto, es decir, haber tenido una relación con una persona y que de repente se acabe, o haber salido con alguien durante un tiempo. ¡Yo ni siquiera llego a eso! No, yo lo que tengo son una o dos citas y luego pasan de mí, lo que viene siendo siempre.

Podría decir entonces que me han rechazado, pero es que esa palabra no representa en absoluto el sentimiento que me produce. Yo creo que se podría considerar que diez rechazos seguidos = una ruptura. A partir de ahí se tiene total libertad para utilizar la palabra como se quiera.

Esta vez ha sido un consultor empresarial.

Jodidamente guapo, buena polla, mal besador. Lo vi por primera vez en Grand, el bar debajo de la andrajosa sala de billar. Estábamos Lilleman, Adina, Jabba, Ronja y yo. Adina y yo somos hermanas, Jabba y Lilleman también son hermanas, luego está Ronja, que no tiene hermanas, y todas juntas somos las Dr. Pepper. El nombre surgió en un festival de música medio aburrido en Emmaboda, en el que alguien nos robó el alcohol y, pobres como ratas, no nos quedó más remedio que conformarnos con los Dr. Pepper que llevábamos. Los refrescos que suelen ser siempre el último recurso (un poco como yo en el amor, pienso cuan-

do estoy melancólica), esa vez fueron la salvación del festival.

Vi al Consultor nada más dejar mi abrigo. Hacía mucho tiempo que no veía a un tío tan atractivo, un calco de Jake Gyllenhaal que encima estaba al lado de otro tío igual de atractivo que él. Ambos llevaban gabardina y tenían una cerveza en la mano, y no se parecían en nada al resto de hombres que había ahí. No eran hípsteres ni modernos recién salidos de Möllan, ni tampoco retros de estética setentera. No, ellos eran pijos de Lilla torg. Arregladitos y bien peinados.

Normalmente jamás me acerco a un tipo así, ni por asomo tengo yo esa autoconfianza y valentía. Adina dice que soy un diez y que los dieces salen con gente de cualquier liga, pero es que ella es mi hermana. Yo sé que en realidad soy más bien un siete. Y el tipo que tenía enfrente, con su pelo de ondas doradas y sus enormes iris verde oscuro, estaba sin lugar a dudas dos o tres ligas por encima de mí. Pero resulta que yo tenía a Lilleman al lado y, a diferencia de mí, Lilleman sí es guapa. Guapísima. Más allá de las diferencias genéticas que nos separan, ella además tiene dos cosas que a mí me faltan: dinero e indiferencia por el cambio climático. Se gasta más de diez mil coronas al mes en compras, se tiñe las cejas (al contrario de mí, que las apaño como puedo con un lápiz cada mañana) y va a que le hagan las uñas. A menudo digo que yo soy las tres T (terriblemente soltera, terriblemente sola y terriblemente rechazada) mientras que Lilleman es las tres P (cara perfecta, tetas perfectas, culo perfecto).

Así que cuando Lilleman se acercó a ligar con el amigo del Consultor, allí que fui como su sombra, y, para mi increí-

ble y enorme sorpresa, una hora más tarde estaba con él de camino a su casa. Sugirió que pilláramos un taxi, a pesar de que el trayecto no era largo y perfectamente podríamos haber ido andando, pero él insistió. Vivía en el centro, en un piso de dos dormitorios para él solo, y eso que era más joven que yo, tenía apenas veintisiete años. El piso estaba limpio, bien ordenado, era acogedor. Había organizado sus camisas por colores y me enseñó orgulloso su única prenda comprada de segunda mano: un chubasquero. Descubrí con espanto que tenía un altar dedicado a Zlatan en mitad del salón. ¡Sí, del Zlatan del colegio de Sorgenfri! Su cara me observaba desde un póster, con una bufanda colgada alrededor del marco, y su autobiografía estaba de pie sobre una mesa.

Él: La he leído tres veces.

¡¿Quién se lee tres veces la autobiografía de Zlatan?!

Después de eso nos besamos. Por desgracia, no demasiado bien, porque sus dientes me empujaban la lengua todo el tiempo. Pero que tenía el pene bien grande lo vi claramente en cuanto fue a por un condón. Levantado parecía incluso más alto que él mismo. Nos empezamos a morrear en el baño mientras yo intentaba quitarme el pintalabios azul (algo que no suelo llevar pero que parece ser que atrae a los dieces) y, al besarle, se me olvidó tirar el trozo de papel higiénico que había usado, así que lo tuve en la mano todo el tiempo mientras follábamos. También nos liamos contra una pared, como en las películas. Él gemía de forma un poco extraña al penetrarme, como si en cada embestida estuviera a punto de correrse, lo cual me hacía no saber muy bien cuándo iba a correrse de verdad. Me di cuenta de que constantemente me estaba preparando para moverme hacia un lado porque pensaba que ya había

terminado, pero siguió así durante mucho más rato e incluso me dio tiempo a correrme (con ayuda de mi dedo) antes de que él por fin me diera una última embestida más profunda y se dejara caer encima de mí. Se quedó así un rato, quieto, y, aunque realmente no me estuviera abrazando, fue bastante dulce. Su cama era enorme y habría estado muy bien quedarme a dormir en ella, pero le dije que me iba a casa. Bajó conmigo las escaleras del edificio, en calzoncillos y descalzo por el suelo de piedra, y cuando nos despedimos en el portal deseé que se encontrara con algún vecino al subir de nuevo a su piso.

Al día siguiente yo ya estaba totalmente preparada para una cita. Vamos, que miraba el móvil cada segundo e incluso fui a la biblioteca a por la autobiografía de Zlatan (pensé que estaría bien leerla para tener algo de que hablar la próxima vez que nos viéramos). Pero, después de una semana sin saber nada, no me pude contener y le escribí preguntándole si quería quedar.

Él: Te voy a ser sincero, estoy saliendo de nuevo con mi ex. La cosa es que también me gustaría volver a verte, así que me siento un poco dividido.
Ufff no, gracias.
Y, sin embargo, lo que escribí fue: Claro, sin problema por mi parte. ¿Cuándo nos vemos?

Eso fue hace dos semanas y media. No hubo respuesta. Y antes de ayer me lo encontré en mi sitio favorito, el origen de que yo ahora esté sentada en el váter con el ordenador en las rodillas y tan deprimida que solo quiera desaparecer.

Adina, Lilleman y yo habíamos quedado para ir a tomar una hamburguesa y un batido. Adina nos estaba contando que, cuando iba hacia allí, en la parada del autobús, un vagabundo se le había quedado mirando fijamente con recelo durante un buen rato hasta que al final, con la voz entrecortada, le preguntó: «No vas a violarme, ¿no?».

Y en el preciso momento en que empezaba a reírme fue cuando lo vi.

Estaba sentado a una de las mesas paralelas a la nuestra, con su gabardina doblada al lado. Parecía que él me había visto también a mí porque, un segundo después de que yo lo mirara, giró los ojos hacia mí y me sonrió. Nos saludamos con un gesto extraño, incómodo y distante. El muy capullo me siguió sonriendo durante toda la cena, lo notaba, como si estuviera flirteando conmigo a pesar de que me había *ghosteado*. Apenas pude disfrutar de mi hamburguesa porque todo el rato tenía que esforzarme por evitar mirar hacia él. Intenté ignorarlo, pero, cómo no, nos chocamos cuando él se levantó para irse porque justo fue ese el momento que elegí yo para ir al baño.

Yo: Es una pena que al final todo quedara en nada.
Él (mirándome fijamente a los ojos igual que la primera vez, y después al vestido blanco de seda semitransparente que me había comprado hacía unos días): Sí, aunque quizá podríamos volver a intentarlo.
Yo (confusa y en voz demasiado alta y alegre): Claro, escríbeme cuando quieras.
Él: ¡Venga, lo haré!

¿Pensáis que supe algo de él en una semana? NO.

¿Pensáis que entonces le he escrito yo? SÍ.

¿Debería haberlo hecho? NO.

Yo: ¿Quieres que veamos una peli este finde?
Él (un día después): Me apetece, pero lo tengo un poco complicado. ¿Te parece si no mñn por la tarde?
Yo: ¿Complicado por tu ex? Por mí mañana bien.

Pasaron doce horas más. Aquello no me estaba dando buena espina.

Él: Jeje sí, hemos empezado a vernos mucho otra vez.
Él: Me parece que debería controlarme, siento que no estaría bien quedar contigo.

Me sentí humillada. Rechazada por segunda vez y ENCIMA furiosa porque, ahora que yo ya me había calentado, no iba a poder saciar mis ganas. Llevaba sin saciarlas desde la última vez que nos vimos (y ni siquiera entonces fue para tanto). Intenté que mi respuesta sonara calmada.

Yo: Entendido. Simplemente es que tenía muchas ganas hoy... Pero me alegro de que hayas encontrado a alguien que te guste, *she's a lucky dudette.*

Aunque la verdad es que ella me daba un poco de pena por tener una relación por segunda vez con un mal besador.

Él: ¡Qué bonito que digas eso!

Me sentí todavía más humillada. Tenía que dejar de escribir de una vez, pero obviamente no lo hice.

Yo: ¡Siempre! (Era un intento de referencia a un chiste que él había hecho la noche que nos acostamos y del que me acuerdo porque soy esa clase de pringada que lo recuerda todo.)

No respondió.

Otra vez me han dejado.

Lilleman está igual, por cierto. Ella se fue con el amigo del Consultor, Jakob, el Agente Inmobiliario, y también la *ghosteó*, así que seguimos siendo dos de las mayores solteras de Malmö, de Suecia, del mundo.

21 de noviembre. ¡Finde!

Todos los sábados por la mañana me despiertan tres ruidos, uno detrás de otro como un semáforo perfectamente sincronizado. El primero viene del campo de césped artificial del colegio de Sorgenfri, donde los madrugadores se juntan para jugar al fútbol. El segundo se trata de MJ, el perro de mi vecino, una copia de patas largas del vagabundo de *La dama y el vagabundo*, que se entretiene persiguiendo ratas en el jardín. El tercero son los gemidos de mi vecino finlandés, cuya cama parece ser que está colocada pared con pared con la mía, así que es como si la compartiéramos. Y como el edificio de los años cuarenta en el que vivimos tiene las paredes de papel, cada fin de semana parece que me estoy haciendo un trío con él y sus diversas amantes. Una vez intenté masturbarme, pero lo único que conseguí fue sentirme sucia. También me he planteado cambiar mi cama de sitio, pero el año pasado tuve la brillante idea de traerme un árbol seco del jardín de mi madre y colocarlo a los pies de la cama, ocupando todo el espacio del suelo hasta el techo y bloqueando todos mis intentos de moverla. De hecho,

también bloquea mi deseo de comprarme otra que mida más de 1,20, con lo cual supongo que tendré que seguir soltera el resto de mi existencia. ¿Quién querría compartir su vida con una persona que duerme en una cama de 1,20?

Sobre la cama cuelga un cuadro que me regaló mi madre con un pequeño marco marrón, un cuadro del amor (esas fueron sus palabras) que se trajo de un viaje a la India y que muestra a una pareja abrazándose.

—Esto va a hacer que encuentres el amor en seis meses —me dijo, y lleva encima de mi cama desde entonces. Han pasado diez años.

También tengo una camiseta roja con un corazón estampado que me regaló hace tres años con las mismas garantías, y la última vez que vino a verme me trajo una tela con la que quería que cubriera todos los cuadros de mi casa que representan de alguna manera amargura o enfado. Por lo visto «están atrayendo malas energías hacia mi vida amorosa».

—Tienes que taparlos, al menos durante unos meses —dijo. Pero por ahí no paso.

Aunque no puedo negar que a veces piense que un poco de razón sí tiene. Y ayer ocurrió algo que me hizo empezar a considerar en serio sacar la dichosa tela. Me puse a ordenar para no comerme demasiado la cabeza por el doble rechazo y encontré mi diario del verano de 2004, justo antes de empezar los últimos cursos del instituto.

> 11/7/2004
>
> Me mueeero de ganas de tener un chico... Ni siquiera hace falta que sea mi novio, simplemente quiero un chico.
>
> Buah, dentro de siete o diez años leeré esto y seguro que ya tendré novio. Da un poco de miedo pensarlo, no sé si me seguiré sintiendo la misma persona.

¡¿Yo aquí intentando no pensar en el Consultor y voy y me encuentro con esto?! ¿Con mi yo adolescente echándome en cara que llevo dieciséis años de mala suerte en el amor y que además sigue sin haber ningún novio a la vista?

¡¿Cómo puede haber ocurrido esto?!

A la Amanda de quince años le habría dado algo si lo hubiera sabido. Aunque ella también tiene parte de culpa, eh, no va a ser toda mía. Si ella hubiera sido menos tímida y más proactiva en aquel momento, quizá podría haber encontrado un *high school sweetheart* que ahora siguiera con nosotras.

Por otra parte, le tranquilizaría saber que sigo siendo exactamente la misma persona que a los quince años, a juzgar por las notas que escribí en los márgenes: MOR —Marginada, Odiada, Rechazada— y PFNUL —Por Favor Necesito Un Lío—.

Crecí en la península de Bjäre, conocida sobre todo por su gran metrópolis: Båstad. Pero hay un montón de pueblos pequeños repartidos por la zona, desde Förslöv, Grevie, Västra Karup, Östra Karup o Hov, hasta el más pijo de todos, Torekov, en el que veranean Hugh Grant y la familia real.

Un amigo que trabaja en una tienda me contó que una vez escuchó decir a unos turistas que estaban veraneando en «los alrededores de Torekov», aunque en realidad donde estaban era en Västra Karup Pueblo de Paletos. Este es el tipo de cosas de las que luego nos reímos los que somos de allí. A todos los que crecimos en Bjäre nos une un cierto patriotismo o sentimiento de pertenecer a un clan, reforzado por los equipos de fútbol que representan a cada pueblo. Hay una parte de eso que yo me perdí, ya que cuando mis padres se divorciaron nos fuimos mudando constantemente de un pue-

blo a otro, así que ni Adina ni yo llegamos nunca a sentir que de verdad pertenecíamos a alguno en concreto, a diferencia de la mayoría de la gente. Nunca fuimos habitantes de pleno derecho de Grevie, de Förslöv o de Östra Karup, sino más bien moradoras de la península de Bjäre.

Aunque, en realidad, el pueblo del que fueras no era lo más importante para los que crecimos en Bjäre. Había dos sitios mucho más relevantes a la hora de definirte: las discotecas Madison y Pepes. Mis recuerdos de la Madison están repletos de sesiones *light* para adolescentes y de noches caminando junto a las patrullas vecinales nocturnas con sus chalecos amarillos, después de perder el conocimiento y de que los de seguridad nos echaran, solo para seguir congelándonos mientras esperábamos a que la cabeza nos dejara de dar vueltas antes de entrar en casa.

A Pepes empezamos a ir un poco más mayores, en pleno apogeo del torneo de tenis, cuando se puso de moda vaciar botellas de champán por el lavabo, te vendían agua de diamantes por miles de coronas y yo iba por ahí buscando alguien con quien morrearme (si es que conseguía entrar, porque los de la zona teníamos de todo menos prioridad).

Esa estrategia parece que les salió bien, porque diez años después Pepes era el único local que había sobrevivido. Y, aunque su época de esplendor ya quedaba lejos, allí seguí peregrinando cada verano en busca de un morreo con la misma determinación que un arqueólogo. Hasta el año pasado, que ya tuve suficiente.

Las Dr. Pepper y yo habíamos quedado para bajar al puerto, pero Lilleman tenía ganas de caza y nos arrastró a Pepes. En una de las mesas, un famosillo local, una vieja personalidad de la tele, estaba a gustísimo rodeado de unas cuantas veinteañeras con las que tonteaba abiertamente. De

repente, vi a Jabba acercárseles a paso decidido y con la mirada clavada en él.

—¿Crees que a tu mujer le hará gracia saber que estás aquí flirteando?

Incluso a metros de distancia, pude ver cómo a la vieja personalidad de la tele se le llenaban los ojos de ira, parecía un dibujo animado de película de Disney.

—¡Y a ti qué te importa!

—Das muchísimo asco —continuó ella.

La personalidad de la tele llamó al de seguridad, y jamás en mi vida he visto a nadie retroceder tan rápido como lo hizo Jabba en ese momento. Salió huyendo hacia la pista de baile —igual que Rickon Stark cuando se escapa de Ramsay Bolton en *Juego de tronos*— y el resto de la noche tuvimos que estar, tanto ella como el resto, escabulléndonos entre las diferentes pistas para que no nos pillaran (o «arrestaran», como lo llamaban nuestros cerebros medio borrachos).

Unas horas más tarde, cuando volvía por la mañana a su casa, a quien le tocó correr fue a Lilleman, pero en este caso detrás de Måns Zelmerlöw. Lo paró en la acera y le soltó, jadeando:

—Tengo tu nombre escrito en el culo.

—¿En serio? —exclamó él—. ¿O me estás tomando el pelo?

—¿Nos apostamos algo?

Lilleman se bajó los pantalones y le enseñó el cachete en el que ponía «Tu nombre», un tatuaje que se hizo hace años con Jabba, para espanto del resto de Dr. Pepper. Måns se echó a reír a carcajadas.

—Ahí me has pillado —le dijo, pero luego, ante la mirada decepcionada de Lilleman y sus aleteantes pestañas falsas, continuó con un—: Tengo que pasear al perro, espero que lo entiendas.

La ganadora de la noche fue Ronja, que se llevó a casa a un surfista muy sexy, convencida de que iba a echar el mejor polvo del verano. Lo cual tampoco ocurrió como ella había imaginado. Resultó que el surfista tenía un fetiche con la saliva bastante desagradable. Varias veces, en pleno misionero, él juntaba una pequeña piscina de saliva en su labio inferior y lo dejaba caer sobre los labios y la barbilla de ella.

—¡Pensé que iba a ahogarme! —me gritó por teléfono al día siguiente—. Todo el rato así, no paraba de escupirme como a cámara lenta.

Yo, por mi parte, me fui andando a casa con los primeros rayos de sol, y al pasar por la estación de bomberos todo se empezó a llenar de jóvenes recién levantados que me adelantaban en sus ciclomotores o en los coches EPA de velocidad capada que conducen los adolescentes de camino al campo de patatas de la región. Mi cuerpo clamaba PFNUL y tuve claro como el cristal que, si no quería quedarme sola para siempre, necesitaba empezar a tomarme mi vida amorosa en serio. Porque, aunque todas las Dr. Pepper han pasado por épocas largas de soltería, ninguna estaba tan soltera como yo. Ellas tenían habitualmente rollos de una noche y podían decir cosas como: «Llevo demasiado tiempo sin follar, hace cuatro meses desde la última vez». Y yo en plan... «¡¿Cuatro?! ¡Han pasado VEINTICINCO meses desde mi última vez!». Echo un polvo cada dos años como mucho. Así llevo toda una década, y encima la de mis mejores años, entre los veinte y los treinta. Puedo contar con los dedos de las manos las veces que me he liado con alguien (iba a escribir «follado», pero es que ni siquiera, a veces solo llegamos al morreo) en los últimos diez años. «Es culpa del curro», solía decirme a mí misma, porque es verdad que trabajo como una mula.

Y también está el miedo, porque cuanto más tiempo pasa, más extraña me siento al besar a alguien.

Pero en aquel momento, de camino a casa desde Pepes, y precisamente al pasar por la estación de bomberos, que debe de ser el sitio de toda la región que reúne más buenorros, decidí cambiar mi actitud. Soy yo quien debería estar corriendo detrás de Måns Zelmerlöw. Soy yo quien debería haberme ido a casa con un loco que me escupa mientras follamos. Soy yo quien debería dejar de arrastrarme por un morreo y sacar todas mis redes. Decidí darme un año para conseguirlo, para abrirme y apostarlo todo. Para dejarme llevar libremente por las lianas de la vida amorosa y las citas. Una idea que, pensándolo ahora, me parece bastante estúpida.

23 de noviembre, 13:32. Los días después de que te planten

«*Take your broken heart and make it into art.*» Una cita de Carrie Fischer, Leia en *Star Wars*. Cada vez que me siento mal porque me han rechazado pienso en eso, en todas las cosas —¡cosas de verdad!— en las que podría convertir mis sentimientos.

Por desgracia, eso no funciona una mierda. Me he tirado cuatro horas mirando por la ventana, observando a través de los cristales sucios a una pareja de palomas montárselo. Qué sola estoy, joder.

17:08

Me he pasado a la cama. Ronja me acaba de escribir. A ella también la acaban de rechazar, un tío de Tinder:

Ey, lo siento, he estado muy liado desde que volví a casa y por eso no te respondí. Me parece que eres una persona maravillosa, pero creo que lo nuestro no va a funcionar. Espero que lo entiendas. ¡Un abrazo!

«Espero que lo entiendas.» ¿Por qué todos los tíos dicen eso?

Pues no, no lo entiendo. ¡¿Por qué no quieres nada conmigo?!

Contemplo de reojo el cuadro del amor. La mirada tierna (y que ahora mismo me repulsa) del hombre hacia la mujer. Y me dan ganas de gritar: ¿NO ES HORA YA DE QUE EMPECÉIS A HACERME EFECTO?

28 de noviembre. El Camarero

¡El cuadro del amor ha escuchado mis plegarias! ¡O mis exigencias! ¡Le he dado mi número de teléfono a alguien! ¡Y me ha escrito!

¡Y encima salí de mi zona de confort!

Las Dr. Pepper y yo habíamos decidido pasar la noche del sábado en Plan B, la antigua discoteca clandestina que hay al sur del sur de Malmö. Para llegar, hay que ir por Norra Grängesbergsgatan, la calle principal de una zona industrial con kilómetros de aceras rectas rodeadas de edificios aburridos, y que hace tiempo se consideraba una de las más peligrosas de toda la ciudad. Por delante de mí, Adina iba en el triciclo que había encontrado abandonado en una zanja, enseguida se su-

bió a él y empezó a ir a toda velocidad sobre el suelo cubierto de hielo, golpeándose las rodillas con el manillar como ocurre siempre que los adultos se montan en una bici para niños.

—Ay, mierda —dijo Filip, que se había parado junto a un muro de cemento con un cigarrillo encendido en la boca—. ¿Podéis esperar un momento?

Filip es el novio de Adina. Las Dr. Pepper lo hemos bautizado como el novio número uno. Lo tiene todo: es divertido, guapo, extrovertido, inteligente, bueno y adora a Adina de una forma tan sincera que es difícil, o más bien imposible, de entender para el pobre corazón de una soltera como yo.

El top tres de Filip:

Cuando Adina dijo que prefería los calzoncillos *slip* en vez de los bóxers, al día siguiente él ya se había comprado una docena.

Cuando Adina, llena de ansiedad, descubrió que tenía piojos a los tres meses de empezar a salir y le escribió un mensaje que decía «Tenemos que hablar, ¿quieres venir un momento a mi casa?», a Filip le entró tanto pánico que lo único que pensó durante el camino fue: «Si me deja, me largo. No voy a ser capaz de quedarme ahí. ¡Me largo!». Luego nos contó que cuando Adina solo le dijo «tengo piojos» sintió que era la mejor noticia que había escuchado en su vida.

Cuando Adina y Filip oficializaron su relación después de dos años como amigos, él la abrazó y le confesó que llevaba enamorado de ella desde la primera vez que la vio.

El único defecto de Filip es que tiene una hernia escrotal (herencia directa de su padre, Johnny) y cada vez que salimos

hay al menos una vez que se le oye decir «ay, mierda» mientras se intenta volver a colocar todo en su sitio (es decir, se tiene que meter la mano en las pelotas y presionar hasta empujar los intestinos fuera del escroto), porque de lo contrario le arremete un dolor nivel apendicitis.

Adina y yo no tenemos antecedentes de hernias escrotales, la única condición física que afecta a todos los hombres de nuestra familia paterna es el prepucio estrecho. Lo llamamos la maldición de los Fredriksson y es la máxima preocupación de mi hermano de diecisiete años, que tiene que utilizar crema de cortisona cada vez que se masturba.

Plan B es un local enorme todo de acero (aunque probablemente no sea acero), con altavoces reventados y una preciosa terraza en la que sentarse sobre palés de madera cubiertos de cojines a beber cerveza (o, en mi caso, agua con gas, dado que mi adolescencia demasiado salvaje me ha dejado con un recuerdo en forma de resaca permanente).

Cuando llegamos, descubrimos que había una especie de festival de lesbianas que implicaba que prácticamente solo había tías en el local. Chicas guapísimas que me hicieron plantearme si no debería acercarme a alguna de ellas. Pero no me atreví. Ronja, en cambio, decidida a resarcirse después de lo del tipo de Tinder, se fue volando con una modelo imponente. Lilleman atrapó al único tío de toda la pista de baile. Así que yo me quedé sola junto al bar, y ahí fue cuando lo vi. El Camarero. Me recordaba a Jar Jar Binks de *Star Wars*, pero con una larga melena rubia oscura que se había recogido en una coleta en la nuca. Una de esas coletas bajas que me imagino que lleva la mayoría de los asistentes del Sweden Rock. Nunca pensé que me pillaría por un chico con coleta

de rockero, jamás, pero había algo muy mono en él que me hizo pensar «este es el tipo de tío que me pone».

—¿Qué te parece ese de ahí? —le pregunté a Adina, señalándolo.

—Pues no es por ser mala —me respondió ella después de haberle observado minuciosamente—, pero creo que antes elegiría a cualquier otro.

What the fuck? ¿De verdad era tan feo? Pero es que tenía algo que lo hacía parecer tan adorable, esa forma de sonreír mientras se reía con sus compañeros o los tatuajes caseros de sus brazos.

Un segurata se acercó a decirnos que iban a cerrar y fui a por mi abrigo. Cada vez que vengo a Plan B intento buscar algún pequeño rincón oculto donde pueda esconderlo porque soy demasiado pobre para el ropero. Esa noche un empleado me descubrió cuando lo intentaba dejar al lado del escenario, así que traté de meterlo en algún sitio junto a la barra, pero me volvió a descubrir el mismo tipo y me dio tanta vergüenza que no me quedó otra que ir al ropero y pagar las veinte coronas. Hay un rumor que dice que puedes conseguir entrada gratis de por vida si te tatúas el logo de Plan B, cosa que me he planteado en múltiples ocasiones.

El Camarero estaba solo en la barra, limpiando los grifos de cerveza. Yo iba a pasar de largo e ir directamente al ropero, pero me di cuenta de que me estaba deteniendo. Los pies me llevaban hacia él. Noté que las mangas del jersey se me pegaban a algo pringoso en cuanto puse los brazos sobre la barra. Escuché mi propia voz decir hola tres octavas más alto de lo normal (como ese «holaaa» alargado de cuando te cruzas con un vecino). Para disimularlo, levanté la mano derecha y le saludé con un gesto.

Él se acercó. Tuve el impulso de retroceder, pero mi cuerpo se mantuvo.

Yo (intentando sonreír con toda la autoconfianza que me era posible): ¿Estás soltero?

No me podía creer que acabara de decir eso.

Él (con una sonrisa irresistible): ¿Por?
Yo (con una sonrisa de aún más falsa autoestima): ¿Quieres que te dé mi número?

Silencio. Una media sonrisa adorable por su parte.

Él: Vale...

El alivio se apoderó de mí. Él sacó un rollo de papel para el datáfono, le costó un poco cortar un trozo, pero al final me lo consiguió dar junto con un boli. Escribí mi número y un corazón. Inmediatamente me arrepentí del corazón. Salí huyendo.

A las cuatro de la madrugada recibí un mensaje:

Él: ¿No escribiste tu nombre para que no sepa cómo guardarte en mis contactos?

Yo en mi cabeza: «*Yes! Yes! Yes!* Un tipo divertido y que escribe bien. Y que escribe al momento. Y que quizá incluso sea un poco menos atractivo que yo», cosa que no pensé por maldad, sino porque quería decir que entonces seguramente no me rechazaría.

¡Por favor, que no me rechace!

2 de diciembre, 20:36. El Camarero parte 2

¡Bueno, vamos bien! ¡El Camarero y yo vamos a quedar! Nos hemos estado mensajeando bastante estos últimos días.

Yo: Jeje mi propuesta es que nos fusilemos tu sueldo de camarero y nos vayamos a Dinamarca a pasar el día en Bakken, que abre en otoño (*¡¿puede haber algo más divertido?!*). A ganar animales de peluche e hincharnos a manzanas caramelizadas. En caso de que te opongas, cosa que dudo que haría alguien, también podríamos tomarnos una cerveza en algún sitio de Malmö.
Él: Guau, vas fuerte. Pero si lo de fusilarnos el sueldo, Bakken y Dinamarca lo hacemos ya en la primera cita, ¿cómo vamos a mantener luego el nivel? ¿No nos estaríamos pegando un tiro en el pie?
Yo: Jaja toda la razón. Cerveza entonces.
Yo: ¡Fíjate además con cuánta sutileza te paso a ti la responsabilidad de elegir lugar, día y hora!
Él: Jaja sí, me has dejado sin palabras con tanta sutileza. Trabajo prácticamente toda la semana, así que... ¿algún día a finales de semana o la que viene?

¿La semana que viene? Ay.

Pero luego me di cuenta de que quizá no era tan mala idea. El fin de semana iba a ir a ver a una médium y tal vez podría hacer alguna predicción interesante, o darme algún consejo o sugerencia para que no la cague como suelo hacer. Me venía perfecto.

O eso era lo que pensaba hasta el momento en que me senté en el sillón gris de la médium.

—No deberías quedar con ese chico al que vas a ver esta

semana, te va a destrozar la autoestima —me dijo antes incluso de que yo le contara que tenía una cita.

—¿Estás segura? —exclamé, al tiempo que notaba cómo algo me oprimía entre los pulmones.

—Bueno —respondió—. Fíjate en si tiene un lunar o una verruga junto a la boca, que entonces es él.

¿Un lunar o una VERRUGA?

Salí de allí muy desanimada, habría sido mejor no saber nada. ¡Así al menos seguiría teniendo esperanza! En cuanto se lo conté a mi madre, me dijo que tenía que cancelar de inmediato. ¡¿Qué cojones?! ¿De verdad hay que confiar tanto en las médiums? Adina opina que no. Yo no tenía ni idea de qué hacer y por eso, de entre todas las posibilidades, evidentemente escogí la peor.

Busqué al Camarero en Facebook. Lo busqué en Instagram. Y lo que es aún peor: ¡lo busqué en Google! Me sentía obligada a investigar el tema de la verruga. Y... no le encontré ninguna protuberancia ni lunar cerca de los labios en sus redes sociales, pero por desgracia sí descubrí unas cuantas cosas:

1. Se hace un montón de selfis. ¡Y me refiero en serio a un montón! ¡En su casa, él solo! Y encima fotos feísimas, empecé a entrar en pánico al pensar que a lo mejor no lo recordaba bien y de verdad tenía un aspecto tan decadente.
2. Cuando no sube sus selfis, sube millones de fotos de animales. Sí. Así es. Sobre todo de gatos. En la última foto hasta pone: «¿Acaso hay algo mejor que este pequeñín?».
3. Luego está lo de la coleta de rockero...
4. Además tiene poquísimos seguidores en Instagram, lo cual me hace sospechar.

Pero, por desgracia, nada de lo que encontré en Instagram o Facebook es tan malo como lo que sale en Google. De hecho, hay un artículo sobre él. Un artículo de una de las mayores agencias de noticias de Suecia con su foto y una entrevista sobre cómo le lavaron el cerebro. ¡LE LAVARON EL CEREBRO! Le entrevistan sobre su experiencia en una comunidad religiosa (y no en una cualquiera, sino en la de la Cienciología). ¿No lo sabemos ya todo sobre ellos? Y sobre Tom Cruise. Y John Travolta. Y ahora voy a salir con uno de sus miembros. O un antiguo miembro. Por si lo del lavado de cerebro no fuera suficiente, al abandonar la comunidad protagonizó una agresiva huida de la iglesia al intentar llevarse a la fuerza sus escrituras. ¿Cómo debió de ser eso? ¿Habrá algo que se le parezca? Me lo imagino como la Cosa de *Los cuatro fantásticos* destrozándolo todo por los impolutos pasillos de la Iglesia de la Cienciología.

Estoy pensando en cancelar. Debería cancelar, joder, ¿encima este tío me va a destrozar la autoestima? ¿Por qué siempre me tienen que tocar los más raros?

21:13

Sigo mirando en internet, ahora con Adina por Facetime (la he llamado para hablar del lavado de cerebro) y acabo de ver la última actualización de estado de mamá:

> Lo peor de la tarde:
>
> Estar en el sofá viendo la tele y de repente mirarte hacia el ombligo, y que justo en ese momento salga un pequeño escarabajo...